

Porrini, Rodolfo (coordinador), Santana, Francis, Rodríguez, Tania, Siola, Lucía y Martínez, Alesandra. *El Cerro, una comunidad obrera en crisis (1957-1973)*. Montevideo: CSIC, Universidad de la República, 2023, 182 pp.

Este trabajo colectivo, coordinado por el historiador Rodolfo Porrini, relata y analiza un trazo de la vida montevideana y uruguaya desde un lugar emblemático en la historia reciente del Uruguay. Al inicio se define al Cerro, como señala el título de la obra, como una «comunidad obrera», concepto elegido para sustituir la idea de «barrio de trabajadores». A través de este concepto se van hilando los capítulos escritos por diversos autores y autoras, con perspectivas y aportes también diferentes. Esta definición de «comunidad» se basa en la búsqueda de comprender y hacer visible, desde el análisis histórico, la importancia de las relaciones sociales, culturales, políticas y económicas en un «microcosmos» capitalino marcado por el trabajo en la fábrica. Al finalizar el trabajo, los autores concluyen que el Cerro en los sesenta fue una «comunidad» que atravesó una «profunda crisis», que hirió sus «lazos comunitarios».

Los antecedentes bibliográficos enumerados dan cuenta de una construcción teórica que permite analizar un espacio con relación al trabajo, la vivienda, el esparcimiento, la vida cotidiana, las relaciones de clase, género, etnia, los movimientos sociales y sus luchas, y la movilidad de la población. Desde esa mirada amplia se analizan las identidades «cerrenses» en un lugar «cosmopolita». De ello da cuenta el capítulo uno, escrito en conjunto por sus autores. Allí describen la geografía del lugar, lo delimitan espacialmente y lo caracterizan como una zona de «influencia amplia», donde había diversidad de actividades económicas que se desarrollaban en función de su densidad poblacional y la vida de «villa». Allí, vivienda, educación, abastecimiento, salud, cine, teatro, deporte, etc., se resolvían o se trataban de resolver sin viajar al centro de la ciudad, lo cual no era fácil para muchos de sus habitantes por razones económicas y de transporte.

Trabajo, esfuerzo, sacrificio, explotación, solidaridad, organización y movilización son características que atraviesan las descripciones

y los análisis de la vida material y simbólica de cada capítulo. El segundo, escrito por Francis Santana, aborda la vivienda y, a través de ella, la diversidad de formas de habitación que se dieron en el barrio: el conventillo, las casillas, las construcciones de bloque y ladrillo, las cooperativas de viviendas y los barrios obreros construidos por el Estado. El texto pone de relieve las formas de solidaridad en la precariedad, que hacían posible tener casas que no se llovieran, y la desigualdad en la existencia de un Cerro con «calles cementadas y arboladas», con «sus buenas casas», como relatan testimonios, y un «verdadero anillo compuesto por 750 ranchos», como describe el autor. Las luchas y las formas de resistencia son una constante en el libro. En el capítulo dos se destacan las ocupaciones de terrenos y de complejos habitacionales públicos, y este nos introduce en un Montevideo muy alejado del «Uruguay feliz», donde el progreso material dependía en gran medida del esfuerzo colectivo de su población y no de un Estado benefactor.

La perspectiva étnica es planteada en el capítulo tres por Tania Rodríguez en un trabajo que visibiliza la historia de las comunidades eslavas, originadas a través de la migración desde Lituania y Rusia en la primera mitad del siglo XX. Rodríguez estudia la construcción identitaria a través del asociacionismo, su rol en la preservación de esas culturas y los lazos que los unían con sus países de origen. Pero también cómo se fue tejiendo la identidad uruguaya y cerrense. Aquí la experiencia del desarraigo, de la migración es analizada a través del trabajo y el barrio como estructurantes de nuevas identidades, y de nuevos lazos sociales con los habitantes antiguos del Cerro. Las tramas político-internacionales del contexto de la Guerra Fría, de la confrontación y el autoritarismo uruguayo en los sesenta son puestas en juego en las dinámicas culturales y relacionales de los eslavos a nivel local, en el Cerro y en Montevideo. Entre comunistas, católicos y obreros la autora

nos muestra las vivencias y las formas de supervivencia de dos comunidades de extranjeros y sus descendientes. Inmigración europea, contexto político de los sesenta, vida social y cultural en un lugar de la capital cuyo imaginario, señala Rodríguez, es el de «villa cosmopolita».

En el capítulo cuatro Lucía Siola elige los años 1961 y 1962, marcados por la crisis industrial y la movilización social, para analizar el significado del movimiento obrero cerrense en la capital y en el Uruguay. Así, señala la importancia de los largos años sesenta en la construcción del movimiento obrero, donde el Cerro y la industria frigorífica constituían un lugar destacado de la movilización y, también, de la represión desde los cincuenta. Entre paros, huelgas, negociaciones, momentos de intensa violencia y represión, Siola nos muestra la trascendencia del trabajo y el frigorífico en la vida de gran parte de la población del Cerro. Allí se jugaba el alimento, el sostén familiar y comunitario. El frigorífico había sido, como describe la autora, el lugar de crecimiento profesional y personal para varias generaciones cerrenses. El papel de las diversas organizaciones obreras, anarquistas, comunistas y el movimiento en su conjunto fue clave en esa lucha por garantizar la vida y defender la riqueza nacional. La dimensión local y nacional aparece en una solidaridad vecinal, estudiantil y diversos gremios, como los del frigorífico Anglo de Fray Bentos, como los diálogos y negociaciones con el gobierno. Estas dinámicas se continúan en el capítulo cinco, escrito por Porrini, en un nuevo contexto de movilización, el del 68.

Rodolfo Porrini elige otros dos momentos álgidos de la lucha social en el Cerro, lo que él llama el «68 cerrense» y la huelga frigorífica de 1969. A través de ellos visualiza la insurgencia

obrero-estudiantil-femenina barrial y el conflicto de la industria frigorífica en tiempos de agudizamiento de la crisis económica y social, del ascenso del autoritarismo político y la represión. El autor dimensiona la lucha en el Cerro desde su relación con la coyuntura nacional, así confluyen en esa comunidad obrera movilizadora otros sindicatos de la carne en conflicto desde el interior del país, y la movilización se transforma en un hecho masivo en el barrio y en la ciudad, con multitudinarias asambleas y marchas hacia el centro de la ciudad. Por ello Porrini señala que se trata de una «revuelta popular», «símbolo de la resistencia al autoritarismo» en el Cerro, donde confluyeron trabajadores, estudiantes y vecinos de la comunidad cerrense y externos a ella. De allí la dimensión del Cerro en la historia de las luchas populares.

Desde una mirada de género, Alesandra Martínez describe y analiza la historia del trabajo de las mujeres en el Cerro desde 1955 a 1970, y la realidad del trabajo sexual como una forma de explotación. Dentro de la categoría trabajo y basándose en una diversidad de teorías feministas, la autora establece y analiza los roles que las mujeres cerrenses cumplieron en diversos espacios, las formas en que fue visto y valorado o no su trabajo en distintos ámbitos, doméstico o extradoméstico, remunerado o no remunerado. Analiza una gran diversidad de formas de relacionamiento entre hombres y mujeres, la división sexual del trabajo, las formas de desigualdad y de discriminación hacia las mujeres en un «microcosmos» montevideano.

María José Bolaña
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República